

Umberto Eco

Los límites de la interpretación



Los límites de la interpretación

Umberto Eco

Traducción de
Helena Lozano Miralles

Lumen

www.megustaleer.com

Índice

Los límites de la interpretación

INTRODUCCIÓN

INTENTIO LECTORIS. APUNTES SOBRE LA SEMIÓTICA DE LA RECEPCIÓN

1. ARQUEOLOGÍA
2. TRES TIPOS DE INTENCIONES
3. DEFENSA DEL SENTIDO LITERAL
4. LECTOR SEMÁNTICO Y LECTOR CRÍTICO
5. INTERPRETACIÓN Y USO DE LOS TEXTOS
6. INTERPRETACIÓN Y CONJETURA
7. LA FALSACIÓN DE LAS TERGIVERSACIONES
8. CONCLUSIONES

ASPECTOS DE LA SEMIOSIS HERMÉTICA

1. DOS MODELOS DE INTERPRETACIÓN
2. LA SEMEJANZA MNEMOTÉCNICA
3. EL DISCURSO ALQUÍMICO Y EL SECRETO DIFERIDO
4. SOSPECHA Y DISPENDIO INTERPRETATIVO

EL TRABAJO DE LA INTERPRETACIÓN

1. CRITERIOS DE ECONOMÍA
2. IDIOLECTO TEXTUAL Y VARIEDAD DE LAS INTERPRETACIONES
3. DE LA INTERPRETACIÓN DE LAS METÁFORAS
4. DE LAS FALSIFICACIONES
5. PEQUEÑOS MUNDOS

LAS CONDICIONES DE LA INTERPRETACIÓN

1. LAS CONDICIONES MINIMALES DE LA INTERPRETACIÓN
2. CUERNOS, CASCOS, ZAPATOS: TRES TIPOS DE ABDUCCIÓN
3. SEMÁNTICA, PRAGMÁTICA Y SEMIÓTICA DEL TEXTO
4. DE LA PRESUPOSICIÓN
5. CHARLES SANDERS PERSSON: MODELOS DE INTERPRETACIÓN ARTIFICIAL
6. SEMIOSIS ILIMITADA Y DERIVA

BIBLIOGRAFÍA

Notas

Biografía

Créditos

INTRODUCCIÓN

Al principio de su *Mercury, Or the Secret and Swift Messenger*, 1641, John Wilkins cuenta siguiente historia:

Cuán extraño debió resultar este Arte de la Escritura en su primera Invención lo podemos adivinar por los Americanos recién descubiertos, que se sorprendían al ver Hombres que conversaban con Libros, y a duras penas podían hacerse a la idea de que el Papel pudiera hablar...

Hay una graciosa Historia a Propósito de esto, concerniente a un Esclavo indio; el cual, habiendo sido enviado por su Amo con una cesta de Higos y una Carta, se comió durante el Camino gran Parte de su Carga, llevando el Resto a la Persona a la que iba dirigido; la cual, cuando leyó la Carta, y no encontrando la Cantidad de Higos de que se hablaba, acusó al Esclavo de habérselos comido, diciéndole lo que la Carta alegaba contra él. Pero el Indio (a pesar de esta Prueba) negó cándidamente el Hecho, maldiciendo la Carta, por ser un Testigo falso y mentiroso.

Después de esto, habiendo sido enviado de nuevo con una Carga igual, y con una Carta que expresaba el Número preciso de Higos que habían de ser entregados, devoró otra vez, según su anterior Práctica, gran Parte de ellos por el Camino; pero antes de tocarlos, (para prevenir toda posible acusación) cogió la Carta, y la escondió debajo de una gran Piedra, tranquilizándose al pensar que si no lo veía comiéndose los Higos, nunca podría referir nada de él; pero al ser ahora acusado con mayor fuerza que antes, confiesa su Error, admirando la Divinidad del Papel, y para el futuro promete la mayor Fidelidad en cada Encargo (3.^a edición, Nicholson, Londres 1707, pp. 3-4).

Seguramente esta página de Wilkins suena diferente de otras páginas de nuestro tiempo donde la escritura se toma como ejemplo supremo de semiosis, y todo texto escrito (o hablado) se considera como una máquina que produce una «deriva infinita del sentido». Tales teorías contemporáneas le objetan indirectamente a Wilkins que, una vez separado de su emisor (así como de su intención) y de las circunstancias concretas de su emisión (y por lo tanto del referente al que alude), un texto flota en el vacío de un espacio potencialmente infinito de interpretaciones posibles. Por consiguiente, ningún texto puede ser interpretado según la utopía de un sentido autorizado definido originalmente y final. El lenguaje dice siempre algo más que su inaccesible sentido literal, que se pierde y se transforma en cuanto se inicia la emisión textual.

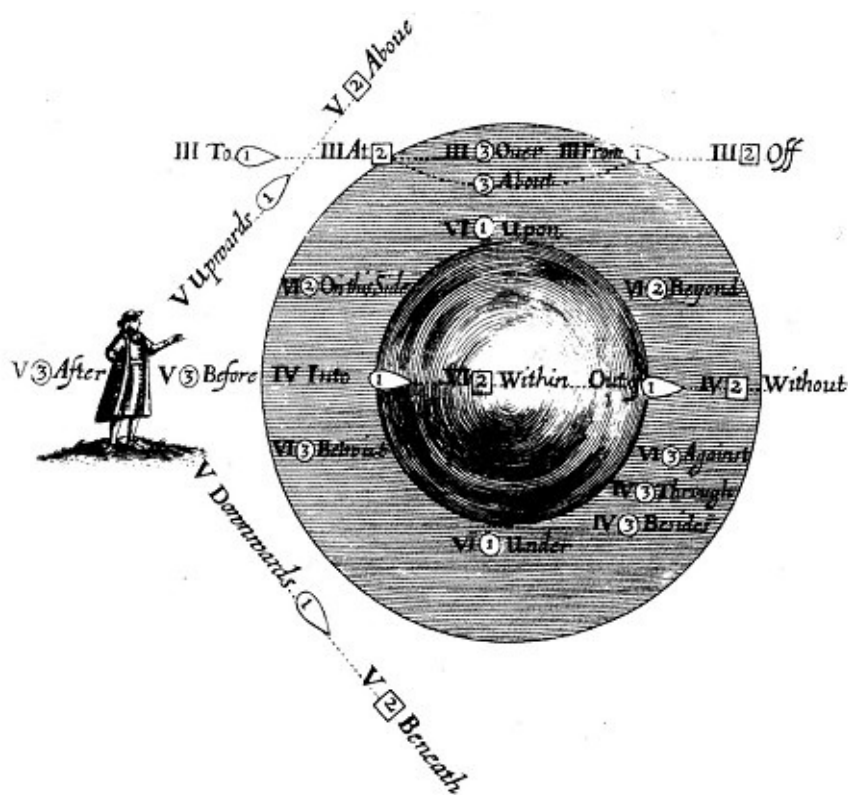
El obispo Wilkins —a pesar de su inquebrantable creencia de que la Luna estaba habitada— era un hombre de notable altura intelectual y dijo muchas cosas aún importantes para los estudiosos del lenguaje y de los procesos semióticos en general. Observemos, por ejemplo, la figura que aparece en la página 311 de su *Essay Towards a Real Character* (1668). Estaba tan convencido de que una teoría del significado era posible que había intentado (no era el primero pero por la forma fue, sin duda, un pionero, con extraordinaria intuición visual) dar una manera de representar incluso el significado de los términos sincategoremáticos. Ese dibujo muestra que, admitiendo que convalidamos algunas reglas convencionales sobre el uso de una lengua natural, cuando decimos encima queremos decir

seguramente algo diferente de *debajo*. A propósito, su dibujo muestra también que esta diferencia o significado se basa en la estructura de nuestro cuerpo en un espacio geo-astronómico. Se puede ser radicalmente escépticos sobre la posibilidad de identificar universales del lenguaje, pero nos sentimos obligados a tomar en serio el grabado de Wilkins. Demuestra que en la interpretación de los términos sincategoremáticos debemos seguir ciertas «direcciones». Aunque el mundo fuera un laberinto, no podríamos atravesarlo sin respetar ciertos recorridos, obligados.

¿Qué habría podido objetar Wilkins a las contraobjeciones de muchas teorías contemporáneas de lectura como actividad deconstructiva? Probablemente habría dicho que, en el caso que él citaba (supongamos que la carta dijera: «Querido Amigo, en esta Cesta, que te lleva mi Esclavo, hay 30 Higos que te mando como Regalo»), el Amigo estaba seguro de que la Cesta mencionada en la Carta era la que llevaba el Esclavo, que el Esclavo era exactamente aquel a quien el Amo había dado la Cesta, y que había una Relación entre la Expresión 30 escrita en la Carta y el Número de Higos contenidos en la Cesta.

Naturalmente sería fácil refutar la parábola de Wilkins. Es suficiente imaginar que alguien haya mandado realmente un esclavo con una cesta, pero que, por el camino, el esclavo original haya sido asesinado y sustituido por otro, de otro amo, y que también los treinta higos, como entidades individuales, hayan sido sustituidos por otros higos. Imaginemos, además, que el nuevo esclavo haya llevado la cesta a un destinatario distinto. Podemos suponer también que el nuevo destinatario no sea de ningún amigo que cultive higos y los regale con tanta liberalidad. ¿Habría podido decidir aún el destinatario de qué estaba hablando la carta?

Yo creo que todavía tenemos el derecho de considerar que la reacción del nuevo destinatario habría sido, más o menos, de este tipo: «Alguien, sabe Dios quién, me ha enviado una cantidad de higos que es inferior a la mencionada en la carta que la acompaña». (Supongo también que el nuevo Destinatario, siendo un Amo, habrá castigado al Esclavo antes de intentar resolver el Enigma: también esto es un Problema Semiótico, pero atengámonos a nuestra Cuestión Principal.)



Lo que quiero decir es que, incluso separado de su emisor, de su indiscutible referente y de sus circunstancias de producción, ese mensaje hablaría aún de higos-en-una-cesta.

Supongamos ahora (la imaginación narrativa no tiene límites) que no solo el mensajero original hubiera sido asesinado, sino que sus asesinos se hubieran comido todos los higos, hubieran destruido la cesta, hubieran metido la carta en una botella y la hubieran tirado al océano, de suerte que la encontrara, setenta años (más o menos) después de Wilkins, Robinson Crusoe. Ni cesta, ni esclavo, ni higos, solo una carta. A pesar de ello, apuesto a que la primera reacción de Robinson habría sido «¿Dónde diablos habrán ido a parar esos higos?». Solo después de esta primera reacción instintiva Robinson podría haber soñado con todos los higos posibles, con todos los esclavos posibles, con todos los emisores posibles, así como con la posible inexistencia de cualquier higo, esclavo o emisor, con los mecanismos de la mentira y con su desafortunada suerte de destinatario separado definitivamente de todo Significado Trascendental.

¿Dónde están esos higos? La carta dice que hay o había en alguna parte 30 frutos así y asá, al menos en la mente (o en el Mundo Posible Doxástico) de un presunto emisor de ese mensaje. Y aunque Robinson hubiera decidido que esos garabatos sobre un trozo de papel eran el resultado accidental de una erosión química, habría tenido ante sí solo dos posibilidades: o pasarlos por alto como un acontecimiento material insignificante, o bien interpretarlos como si fueran las palabras de un texto escrito en una lengua conocida para él. Una vez tomada en consideración la segunda hipótesis Robinson estaría obligado a concluir que la carta hablaba de higos, no de manzanas o unicornios.

Ahora bien, supongamos que el mensaje de la botella lo encuentre un estudioso de lingüística hermenéutica o semiótica. Este nuevo destinatario accidental (hombre de más letras que Robinson)

podrá hacer gran cantidad de hipótesis mucho más sutiles, verbigracia:

1. El mensaje está cifrado, *cesta* está en lugar de «armada», *higo* en lugar de «1.000 soldados», *regalo* en lugar de «ayuda», con lo que el significado aludido por la carta es que el emisor es enviando una armada de 30.000 soldados en ayuda del destinatario. Pero también en este caso, los soldados mencionados (y ausentes) deberían ser 30.000 y no, digamos, 180; a menos que, para el código privado del emisor, un higo equivalga a seis soldados.

2. *Higos* puede entenderse (al menos hoy) en sentido retórico (expresiones como *me importa un higo*) y el mensaje podría tolerar otra interpretación. Pero también en este caso el destinatario debería contar con ciertas interpretaciones convencionales preestablecidas de *higo* que no son las previstas por, digamos, *manzana* o *gato*.

3. El mensaje de la botella es una alegoría y posee un segundo sentido oculto, basado sobre un código poético privado. *Higos* puede ser una sinécdoque de «frutos», *frutos* puede ser una metáfora de «influencias astrales positivas», *influencias astrales positivas* puede ser una alegoría de «Gracia Divina», y así en adelante. En este caso el destinatario podría fraguar varias hipótesis discrepantes pero yo creo con firmeza que hay ciertos criterios «económicos» según los cuales determinadas hipótesis serán más interesantes que otras. Para convalidar su hipótesis, el destinatario tendrá, como mínimo, que avanzar conjeturas preliminares sobre el posible emisor y sobre el posible período histórico en el que el texto ha sido producido. Esto no tiene nada que ver con una investigación sobre las intenciones del emisor, pero tiene que ver, seguramente, con una investigación sobre el entorno cultural en el que introducir el mensaje. Ante el mensaje *Señor, protégeme*, es espontáneo y honesto preguntarse si ha sido pronunciado por una monja en oración o por un campesino que rinde homenaje a un feudatario.

Con toda probabilidad nuestro intérprete debería decidir que el texto encontrado en la botella refería, en una cierta ocasión, a unos higos existentes y apuntaba inicialmente hacia un determinado emisor, como hacia un determinado destinatario y un determinado esclavo, pero que, a continuación, había perdido todo poder referencial. En consecuencia, podrá fantasear sobre esos actores perdidos tan ambiguamente implicados en el intercambio de cosas o de símbolos (quizá enviar higos significaba, en un determinado momento histórico, hacer una alusión misteriosa), y, a partir de ese mensaje anónimo, podría intentar una variedad de significados y de referentes... Pero no tendría derecho de decir que el mensaje puede significar *cualquier cosa*.

Puede significar muchas cosas, pero hay sentidos que sería aventurado sugerir. No pienso que pueda haber nadie tan mal intencionado que infiera que el mensaje podría significar que Napoleón murió el 5 de mayo de 1821; contestar una lectura tan anómala puede ser también un punto de partida razonable para concluir que existe al menos algo que el mensaje no puede efectivamente decir.

Reconozco que, para hacer esta afirmación, es necesario, antes de nada, admitir que los enunciados pueden tener un «sentido literal», y sé lo controvertido que es este punto (véase alguna alusión en las notas sobre la interpretación de la metáfora, en la página 198 de este libro). Pero sigo pensando que dentro de las fronteras de una lengua, hay un sentido literal de las voces léxicas, que es el que encabeza los diccionarios o el que todo hombre de la calle definiría en primer lugar cuando se le preguntara por el significado de una palabra determinada. Supongo, pues, que lo primero que diría un hombre de la calle es que un higo es un tipo de fruta así y así. Ninguna teoría de la recepción podría evitar esta restricción preliminar. Cualquier acto de libertad por parte del lector puede producirse después y no antes de la aplicación de esta restricción.

Comprendo que hay diferencia entre hablar de la carta mencionada por Wilkins y hablar de *Finnegans Wake*. Comprendo que la lectura de *Finnegans Wake* puede ayudarnos a poner en duda incluso el sentido común del ejemplo de Wilkins. Pero no podemos ignorar el punto de vista de Siervo que ha dado testimonio por primera vez del milagro de los Textos y de sus Interpretaciones.

Los ensayos recogidos en este libro fueron escritos en la segunda mitad de los años ochenta. Pues que todos versan sobre el mismo asunto, aunque desde puntos de vista diferentes, han sido amalgamados y, en algunos casos, sometidos a ajustes, cortes y adiciones para evitar repeticiones excesivas y favorecer referencias entrecruzadas.¹

En la primera sección, el problema de la interpretación se perfila tal como se ha planteado durante los últimos decenios en el ámbito de los estudios literarios.

Un comentario aparte requiere la segunda sección, porque enfoca una preocupación que me ha acompañado en la pasada década. A primera vista, trata de cuestiones históricas y cabe preguntarse cuál es su nexa con los temas de los demás ensayos. En el año académico 1986-1987 di un curso monográfico, en el Instituto de Disciplinas de la Comunicación de la Universidad de Bolonia, sobre semiosis hermética,² es decir, sobre esa práctica interpretativa del mundo y de los textos basada en la determinación de relaciones de simpatía que vinculan recíprocamente micro y macrocosmos. Para poder alimentar la confianza de que lo similar actúa simpatéticamente sobre lo similar es necesario que una metafísica y una física de la simpatía universal se rijan sobre una semiótica (explícita e implícita) de la semejanza.

De un paradigma de la semejanza se había ocupado ya Michel Foucault en *Les mots et les choses* pero su atención se dirigía principalmente a ese momento umbral en el que el paradigma de la semejanza, entre Renacimiento y Barroco, se disuelve en paradigmas propios de la ciencia moderna. Mi hipótesis era históricamente más comprensiva y pretendía subrayar un criterio interpretativo cuya supervivencia señalaba a través de los siglos —como, por otra parte, había sugerido ya en el ensayo sobre la Epístola XIII de Dante, publicado en mi libro precedente, *De los espejos y otros ensayos*

(1985). Esa manera de pensar que llamo semiosis hermética ha adoptado formas reconocibles documentables en los primeros siglos de la era cristiana, se ha desarrollado de manera bastante clandestina en el período medieval, ha triunfado con el redescubrimiento humanístico de los escritos herméticos, se ha fundido en la más amplia corriente del hermetismo renacentista y barroco, no ha desaparecido con el afirmarse de la ciencia cuantitativa galileana y ha ido a fecundar las estéticas románticas, el ocultismo decimonónico y, sostengo, muchas teorías críticas contemporáneas, como sugiero en la sección "[La herencia del hermetismo hoy](#)".

La tercera sección tiene una función de comentario. Si en la primera sección se defendía la posibilidad de una interpretación según la intención del texto o *intentio operis*, en esta se comentan ante todo, casos en los que el exceso de interpretación produce un derroche de energías hermenéuticas que el texto no convalida. Inversamente, se intentan sugerir los criterios de economía aplicables a la lectura de los textos como mundo o del mundo como texto. Si puede parecer que estos criterios se fundan solo en un recurso al sentido común y al principio del mínimo esfuerzo, recuerdo que no existen otros modos para decidir la *intentio* de un texto, cuando el texto es, al mismo tiempo, objeto y parámetro de sus interpretaciones; también porque la situación no se libraría de esta circularidad siquiera yendo en busca de la *intentio auctoris*. Por otra parte, como aclarará el ensayo final del volumen, ese mínimo esfuerzo es el que podría ser aceptado por una comunidad de intérpretes decidida a alcanzar algún acuerdo, si no sobre las interpretaciones mejores, al menos sobre el rechazo de las insostenibles.

Siguen algunos ejemplos de cómo encaro cuestiones concernientes a la identidad, a lo falso y a lo auténtico, a las condiciones para formular una hipótesis interpretativa aceptable respecto de textos de acontecimientos, de experiencias actuales o de narraciones sobre experiencias admitidas como actuales en mundos posibles.

Y llegamos a la cuarta y última sección, que los lectores teóricamente más preocupados podrán leer en primer lugar.

Los ensayos de las secciones previas habían sido concebidos como ponencias para congresos especializados y, por lo tanto, dan por sabidos muchos conceptos ya elaborados en otras obras mías. Así se explica por qué, en una serie de escritos sobre los límites de la interpretación, se puede recibir la impresión de que nunca se aclara la clase de interpretación cuyos límites se discuten.

Se trata del concepto de interpretación inspirado por Peirce, que he discutido gradualmente desarrollado en el *Tratado de semiótica general*, 1975, en *Lector in fabula*, 1979, y en *Semiótica y Filosofía del Lenguaje*, 1984, sin contar con varios escritos sueltos, como muchos de los contenidos de *De los espejos y otros ensayos*, 1985.

La semiótica se ocupa de la semiosis, la cual es «una acción o influencia que es o implica una cooperación entre tres sujetos, como por ejemplo, un signo, su objeto y su interpretante; no pudiendo resolverse de ninguna manera tal influencia tri-relativa en una influencia entre parejas» (Peirce, C.

5.484). Como comentario de tal definición véase el ensayo "[Las condiciones mínimas de interpretación](#)", que propone mi intervención en un congreso de inmunólogos.

La citada ponencia fue elaborada en discusión con científicos que estudian los procesos de interacción a nivel celular porque, según algunos de ellos, también se dan fenómenos de interpretación en lo que en el *Tratado* yo llamaba «umbral inferior de la semiótica». Desde entonces me he convencido de que, aun considerando difícil extender las categorías de la semiótica hasta ese nivel, por ello puedo negar *a priori* que ello sea posible, y quedo en posición de cauta y curiosa espera. En cualquier caso, no excluyo, o mejor dicho, creo que hay semiosis, luego interpretación, en los procesos perceptivos. En este sentido la interpretación —fundada sobre la conjetura o sobre la abducción (como por ejemplo, el ensayo "[Cuernos, cascos, zapatos: tres tipos de abducción](#)")—es el mecanismo semiótico que explica no solo nuestra relación con mensajes elaborados intencionalmente por otros seres humanos, sino también cualquier forma de interacción del hombre (y quizá de los animales) con el mundo circunstante. Precisamente a través de procesos de interpretación nosotros construimos cognitivamente mundos, actuales y posibles.

Son entonces evidentes las razones por las que debemos preocuparnos de las condiciones y límites de la interpretación. Si, en el ámbito de la hermenéutica o de la teoría de la literatura, puede parecer provocador, pero a fin de cuentas sostenible, que la iniciativa de lectura esté completamente de la parte del sujeto interpretante, más aventurado parece afirmarlo a propósito de esos procesos que nos llevan a identificar a una persona o a un objeto a distancia en el tiempo y en situaciones distintas a distinguir un perro de un caballo, a volver a encontrar el camino de casa cada día. En tales casos admitir que la única decisión le corresponde al intérprete tiene, en la historia del pensamiento, un nombre: idealismo mágico. Si la referencia parece románticamente obsoleta, piénsese en la pretensión de postular un cerebro que —menos pasivo que el ideado por Putnam— no solo viva aislado del cuerpo en una bañera, sino que haya incluso construido tanto la bañera como el universo que contiene, y decida, minuto a minuto, los impulsos que debe recibir para poder tener la ilusión de un mundo que no existe fuera de sus percepciones. Sería un poco excesivo incluso para un idealismo mágico. Por otra parte quien sostiene que de los textos no se da significado intersubjetivamente comunicable, se irrita mucho cuando alguien no acepta su propuesta, y se queja de no haber sido comprendido. Me pasa por la mente la paradoja de Smullyan: «Soy solipsista, como todos».

Si, por lo tanto, el problema filosófico de la interpretación consiste en establecer las condiciones de interacción entre nosotros y algo que nos es dado y cuya construcción obedece a determinadas constricciones (es el problema de Peirce, de Merleau-Ponty, de Piaget, de las ciencias cognitivas) pero, al fin y al cabo, era también el problema de Kant; así como es el problema de la epistemología de Popper a Kuhn), no veo por qué no deba mantenerse la misma actitud ante los textos producidos por nuestros semejantes y que, en algún sentido, como en la carta que llevaba el esclavo de Wilkin están ya allí, antes incluso de ser leídos, aunque sea bajo forma de huellas gramatológicas.

insignificantes para quien no conjeture su origen.

En torno a estos temas con valor de fundamentos rondan precisamente todos los ensayos publicados en la última sección.³ Aclaro que el *Gedankenexperiment* sobre los procedimientos interpretativos de computer Charles Sanders Peirce hay que tomarlo muy en serio, o por lo menos, no ha sido pensado como ejercicio de retórica. Prevé reglas interpretativas para una criatura concebida como modelo de semiosis ilimitada y dotada de conexiones minimales con un universo externo.

En la edición norteamericana me he visto obligado a una puntualización porque no hace más de un año que ha aparecido la traducción inglesa de mi vieja *Obra abierta* de 1962. Aunque vuelva sobre el tema en la primera sección, no estará de más prever algunas posibles objeciones del lector. Pues puede parecer que, si entonces celebraba una interpretación «abierta» de las obras de arte, admitiendo que aquella fuera una provocación «revolucionaria», hoy en cambio, me atrincheró en posiciones conservadoras. No creo que sea así. Hace treinta años, partiendo también de la teoría de interpretación de Luigi Pareyson, me preocupaba de definir una especie de oscilación, o de inestabilidad de equilibrio, entre iniciativa del intérprete y fidelidad a la obra. En el curso de estos treinta años, alguien se ha decantado en exceso en pro de la vertiente de la iniciativa del intérprete. El problema ahora no se decantarse en sentido opuesto, sino subrayar, una vez más, la ineliminabilidad de la oscilación.

En resumidas cuentas, decir que un texto carece potencialmente de fin no significa que cada acto de interpretación pueda tener un final feliz. Incluso el deconstruccionista más radical acepta la idea de que hay interpretaciones que son clamorosamente inaceptables. Esto significa que el texto interpretado impone restricciones a sus intérpretes. Los límites de la interpretación coinciden con los derechos del texto (lo que no quiere decir que coincidan con los derechos de su autor).

Aun en el caso de textos autodestructivos (cf. "[Mundos narrativos](#)") tenemos objetos semióticos que, sin sombra de duda, hablan de la propia imposibilidad.

Seamos realistas: no hay nada más significativo que un texto que afirma su propio divorcio del sentido.

INTENTIO LECTORIS

APUNTES SOBRE LA SEMIÓTICA DE LA RECEPCIÓN 4

En las últimas décadas se ha ido afirmando un cambio de paradigma respecto de las discusiones críticas precedentes. Si con el estructuralismo se privilegiaba el análisis del texto como objeto dotado de caracteres estructurales propios, descriptibles mediante un formalismo más o menos riguroso, posteriormente la discusión se orientó hacia una pragmática de la lectura. Desde principios de los años sesenta en adelante se multiplicaron las teorías sobre la pareja Lector-Autor, y hoy tenemos, además del narrador y del narratario, narradores semióticos, narradores extraficticios, sujetos de enunciación enunciada, focalizadores, voces, metanarradores, y siguen, lectores virtuales, lectores ideales, lectores modelo, superlectores, lectores proyectados, lectores informados, archilectores, lectores implícitos, metalectores y otros.

Desde luego no todos estos Autores y Lectores tienen el mismo régimen teórico: véase Pugliatti (1985) para un mapa completo de este paisaje de identidades y diferencias (y Ferraresi y Pugliatti (1989).

En cualquier caso, especulaciones diferentes como la estética de la recepción, la hermenéutica, las teorías semióticas del lector ideal o modelo, el llamado «reader oriented criticism» y la deconstrucción han elegido como objeto de investigación no tanto los acontecimientos empíricos de la lectura (objeto de una sociología de la recepción) cuanto la función de construcción del texto —o de deconstrucción— que desempeña el acto de la lectura, visto como condición eficiente y necesaria de la misma actuación del texto como tal.

El aserto subyacente en cada una de esas tendencias es que el funcionamiento de un texto (no solo verbal, también) se explica tomando en consideración, además o en vez del momento generativo, el papel desempeñado por el destinatario en su comprensión, actualización e interpretación, así como la manera en que el texto mismo prevé esta participación.

ARQUEOLOGÍA

El fantasma del lector se ha introducido en el centro de diversas teorías, por filones independientes. El primero que habla explícitamente de «implied author (carrying the reader with him)» es Wayne Booth, en 1961, con su *The Rhetoric of Fiction*. Después se desarrollan, ignorándose recíprocamente, una línea semióticoestructural y una línea hermenéutica.

La primera se remite, sobre todo, a los ensayos de *Communications* 8, 1966, donde Barthes habla de un autor material que no se puede confundir con el narrador, Todorov evoca la pareja «imagen del narrador-imagen del autor» y vuelve a proponer las distinciones de Pouillon (1946) entre los varios puntos de vista (pero detrás de Pouillon están Lubbock, Forster, James) y Genette deja entrever la que será luego, en 1972, su teoría de las «voces» y de la focalización. De aquí, pasando por algunas indicaciones de Kristeva sobre la «productividad textual» (*Le texte du roman*, 1970), por el Lotman de *La estructura del texto poético* (1970), por la poética de la composición de Uspenskiy (*A Poetics of Composition*, 1973), el concepto todavía empírico de «archilector» de Riffaterre (*Essais de stylistique structurale*, 1971) y por la polémica en negativo de Hirsch (*Validity in Interpretation*, 1967), se llega a la noción de autor y lector implícito de Maria Corti (*Principi della comunicazione letteraria*, 1976) y de Seymour Chatman (*Story and Discourse*, 1978) —noción que en estos dos últimos deriva directamente de Booth— y a mi noción de lector modelo (*Lector in fabula*, 1979), que, por otra parte, deriva también de sugerencias elaboradas en el ámbito de una lógica modal de la narratividad de van Dijk y Schmidt, así como de Weinrich, por no hablar de la idea pareysoniana de un «modo de formar» como hipóstasis autorial inscrita en la obra. Con todo, recuerda Maria Corti por lo que concierne al autor, que también un texto de Foucault de 1969 («Qu'est-ce-qu'un auteur?») ponía en ámbito postestructuralista el problema de un autor como «manera de ser del discurso», campo de coherencia conceptual y unidad estilística.

La segunda línea —la hermenéutica— parte de la propuesta de Iser (*Der implizite Leser*, 1972), que recoge la terminología de Booth, pero apoyándose en una tradición completamente diferente (Ingarden, Gadamer, Mukarovsky, Jauss y la narratología de Stanzel; también tiene presentes a los teóricos anglosajones de la narratividad y de la crítica joyceana). Iser empezará, más tarde, a anudar los hilos de las dos tradiciones en *Der Akt des Lesens* de 1976, refiriéndose a Jakobson, Lotman, Hirsch, Riffaterre y a algunas de mis sugerencias de los años sesenta.

Esta insistencia, a esas alturas casi obsesiva, sobre el momento de la lectura, de la interpretación, e

la colaboración o cooperación del receptor, marca un interesante momento en la historia tortuosa de la *Zeitgeist*. Obsérvese que, en 1981, evidentemente a oscuras de toda esta literatura, y partiendo de un análisis de semántica generativa y de investigaciones de Inteligencia Artificial, Charles Fillmore (aunque a nivel de textos cotidianos no literarios) escribe un ensayo sobre «Ideal readers and real readers».

Jauss (1969) anunciaba ya un cambio radical en el paradigma de los estudios literarios, y de esa revolución ha sido, sin duda alguna, uno de los protagonistas. Pero, puesto que las mutaciones de un paradigma surgen de una acumulación de discusiones previas, ante las nuevas teorías de la lectura debemos preguntarnos si se trata de una tendencia nueva y en qué sentido.

Por lo que respecta al primer problema, es necesario reconocer que la historia de la estética puede reconducirse a una historia de las teorías de la interpretación o del efecto que la obra provoca en el destinatario. Tienen orientación interpretativa la estética aristotélica de la catarsis, la estética pseudolonginiana del sublime, las estéticas medievales de la visión, las relecturas renacentistas de la estética aristotélica, las estéticas dieciochescas de lo sublime, la estética kantiana, numerosas estéticas contemporáneas (fenomenología, hermenéutica, estéticas sociológicas, la estética de la interpretación de Pareyson).

En su *Reception Theory* (1984), Robert Holub encuentra los precedentes de la Escuela de Constanza en las nociones formalistas de artificio, de extrañamiento y de dominancia; en la noción de Ingarden de obra como esqueleto o esquema que debe ser completado por la interpretación del destinatario, esto es, como conjunto de perfiles entre los que el destinatario debe elegir; en las teorías estéticas del estructuralismo praguense y en especial de Mukarovsky; en la hermenéutica de Gadamer y en la sociología de la literatura. Véase Ferrari Bravo (1986) para los ascendientes formalistas de estos temas.

Por lo que concierne a las teorías semióticas, se trata simplemente de establecer cuáles han tenido en cuenta el momento pragmático. En ese caso observaba ya Morris, en *Foundations of a Theory of Signs* (1938), que también en las semióticas clásicas hay siempre una referencia al intérprete (retórica griega y latina, pragmática sofística, retórica aristotélica, semiótica agustiniana, la cual concibe el proceso de significación con referencia a la idea que el signo produce en la mente del intérprete).

Recuerdo también la aportación reciente de los estudiosos italianos de semiótica de las comunicaciones de masas, en el congreso de Perugia de 1965 sobre las relaciones entre televisión y público, donde se recalcaba que, para definir el mensaje televisivo y sus efectos, hacía falta estudiar no solo lo que el mensaje dice según el código de los mismos emisores, sino también lo que dice puede decir en relación a los códigos de los destinatarios. Y donde se formulaba el concepto de «descodificación aberrante», que después desarrollé en *La estructura ausente* (1968). En aquellos tiempos todavía no se había propuesto una teoría acabada de la recepción, y nosotros utilizábamos — como bricoleurs — tanto investigaciones sociológicas, cuyo método contestábamos, como las ideas de

Jakobson y del primer estructuralismo francés (pero con posición algo herética respecto de su último, que privilegiaba el puro estudio del mensaje como objeto autónomo). Paolo Fabbri, más tarde habría de ajustar cuentas con las teorías sociológicas de la recepción en su memorable «*Le comunicazioni di massa in Italia: sguardo semiotico e malocchio della sociologia*» (VS 5, 1973).

Por lo tanto, desde los años sesenta las teorías de la recepción nacen como reacción: (i) a la obstinación de ciertas metodologías estructuralistas que presumían de poder indagar la obra de arte en el texto en su objetividad de objeto lingüístico; (ii) a la natural rigidez de ciertas semánticas formalistas anglosajonas que presumían abstraerse de cualquier situación, circunstancia de uso o contexto en que se emitieran los signos o los enunciados —era el debate entre semántica diccionarioal y semántica enciclopédica—; (iii) al empirismo de algunos enfoques sociológicos.

Diría pues que, en las dos décadas sucesivas, la mutación en el paradigma de los estudios literarios se ha manifestado como revalorización de una tradición previa que hasta entonces se había dejado en la penumbra.

Para hacerlo ha sido necesario, también, servirse de nuevos instrumentos predisuestos por la lingüística teórica, e Iser (1972) ha sido el primero en afrontar los problemas propuestos por Austin y Searle (solo cinco años después aparece, con Pratt 1977, el intento orgánico, aunque insatisfactorio, de fundar una teoría del discurso literario sobre la pragmática de los actos lingüísticos).

Al abrigo de una tradición distinta quisiera citar también mi *Obra abierta*, y por tanto un libro que —escrito entre 1958 y 1962, con instrumentos todavía inadecuados— ponía en la base del funcionamiento mismo del arte la relación con el intérprete, relación que la obra instituye *autoritariamente*, como *libre e imprevisible*, valga la paradoja.

Era el problema de cómo la obra, previendo un sistema de expectativas psicológicas, culturales e históricas por parte del receptor (hoy diríamos un «horizonte de expectativas»), intenta instituir lo que Joyce llamaba, en *Finnegans Wake*, un «Ideal Reader». Naturalmente entonces, al hablar de obra abierta, me interesaba que ese lector ideal estuviera obligado a sufrir —siempre en términos joyceanos— un «insomnio ideal», tan influido estaba yo por la estrategia textual de preguntar a la obra hasta el infinito. Sin embargo, insistía en que el lector debía preguntar a *esa obra*, y no a sus personales pulsiones, en una dialéctica de «fidelidad y libertad» que, una vez más, me había sido inspirada por la estética de la interpretación de Pareyson (de la que elaboraba una versión «secularizada»).⁵

Pero al sostener que también la invitación a la libertad interpretativa dependía de la estructura formal de la obra, me planteaba el problema de cómo la obra podía y debía prever su propio lector.

En la edición de 1962 me movía todavía en un horizonte presemiótico, inspirándome en la teoría de la información, en la semántica de Richards, además de Piaget, Merleau-Ponty, y en la psicología transaccional. En aquel momento observaba que:

la transmisión de una secuencia de señales de escasa redundancia, de alta dosis de improbabilidad [así definía entonces ~~términos informacionales el texto artístico~~], ~~requiere que entre en el análisis la consideración de las actitudes y las estructuras~~ mentales con las que el receptor selecciona el mensaje e introduce en él una probabilidad que en realidad está contenida en él, mismo que muchas otras, a título de libertad de elección. (Eco 1962: 113; trad. esp.: 170)

En la edición de 1967, después de la reescritura para la versión francesa de 1965 (y después de mi encuentro con Jakobson, los formalistas rusos, Barthes y el estructuralismo francés) escribía:

La atención deberá desplazarse del mensaje en cuanto sistema objetivo de informaciones posibles, a *la relación comunicativa entre mensaje y receptor*: relación en la que la decisión interpretativa del receptor pasa a constituir el valor efectivo de la información posible... Si se quiere examinar las posibilidades de significación de una estructura comunicativa, no se puede prescindir del polo «receptor». En este sentido ocuparse del polo psicológico significa reconocer la posibilidad formal (indispensable para explicar la *estructura* y el efecto del mensaje) de una significatividad del mensaje solo en cuanto es interpretado *por una situación dada* (una situación psicológica y, a través de ella, histórica, social, antropológica en sentido lato) (ed. 1967: 123-124; trad. esp.: 170)

Y ponía en nota una iluminadora cita del viejo Jakobson (*Essais de linguistique générale*, p. 9; trad. esp.: 89):

Los intentos de construir un modelo lingüístico sin ninguna relación con el hablante ni con el oyente y atribuir así a un código existencia desligada del acto de la comunicación, amenazan con reducir el lenguaje en una ficción escolástica.

En *Obra abierta*, así como en los escritos sucesivos, no se trataba solo de textos verbales, sino también de pintura, cine y toma televisiva directa, vista como estructura narrativa. Pero que el problema de ese receptor fuera también el del lector de los textos verbales lo ha observado Wolfgang Iser (1976; trad. esp.: 201, 279, 318), que recupera aquellos remotos acercamientos a la dialéctica autor-obra-lector, especificando, además, en la discusión sobre el signo icónico (estamos en *La estructura ausente* de 1968) la idea de que los signos literarios son una organización de significantes que, en vez de servir para designar un objeto, designan instrucciones para la producción de un significado (sobre *Obra abierta* cf. también Jauss 1988: 19).

TRES TIPOS DE INTENCIONES

Pasemos ahora a la situación actual. La oposición entre el enfoque *generativo* (que prevé las reglas de producción de un objeto textual analizable independientemente de los efectos que provoca) y el enfoque *interpretativo* (cf. Violi 1982) no es homogénea con respecto a otro tipo de oposición que circula en el ámbito de los estudios hermenéuticos, y que, de hecho, se articula como una tricotomía entre interpretación como búsqueda de la *intentio auctoris*, interpretación como búsqueda de *intentio operis* e interpretación como imposición de la *intentio lectoris*.

Si en los últimos tiempos el privilegio conferido a la iniciativa del lector (como único criterio de definición de un texto) adquiere excepcionales características de visibilidad, el debate clásico, o cambio, se articulaba fundamentalmente en torno a la oposición entre estos dos programas:

- (a) debe buscarse en el texto lo que el autor quería decir;
- (b) debe buscarse en el texto lo que este dice, independientemente de las intenciones de su autor.

Solo después de haber aceptado el segundo extremo de la oposición se podía articular la oposición entre:

- (b1) es necesario buscar en el texto lo que dice con referencia a su misma coherencia contextual y la situación de los sistemas de significación a los que se remite;
- (b2) es necesario buscar en el texto lo que el destinatario encuentra con referencia a sus propios sistemas de significación y/o con referencia a sus deseos, pulsiones, arbitrios.

Este debate sobre el sentido del texto es de capital importancia, pero no se puede superponer o absoluto al debate previo entre enfoque generativo y enfoque interpretativo. Se puede describir generativamente un texto viéndolo en sus características presuntas objetivas; y decidiendo, sin embargo, que el esquema generativo que lo explica no pretende reproducir las intenciones del autor sino la dinámica abstracta por la que el lenguaje se coordina en textos según leyes propias y crea sentido independientemente de la voluntad de quien enuncia.

De la misma forma, se puede adoptar un punto de vista hermenéutico, aun admitiendo que la finalidad de la interpretación es buscar lo que el autor quería realmente decir, o lo que el Ser dice a través del lenguaje, sin admitir, por lo demás, que la palabra del Ser sea definible según las pulsiones

del destinatario. Así pues, habría que estudiar la amplia tipología que nace del cruce de la opción entre generación e interpretación y la opción entre intención del autor, de la obra o del lector, y, solo en términos de combinatoria abstracta, esta tipología daría pie a la formulación de por lo menos setenta teorías y métodos críticos potenciales profundamente distintos.

Recientemente (cf. el ensayo sobre la Epístola XIII de Dante en Eco 1985) he intentado demostrar que, ante las indudables posibilidades que tiene un texto de suscitar infinitas o indefinidas interpretaciones, la Edad Media había ido en búsqueda de la pluralidad de los sentidos ateniéndose, con todo, a una rígida noción de texto como algo que no puede ser autocontradictorio. En cambio, el mundo renacentista, inspirado por el hermetismo neoplatónico, intentó definir el texto ideal, en forma de texto poético, como aquel que puede permitir todas las interpretaciones posibles, incluso las más contradictorias.

En esta frontera se sostiene hoy la batalla teórica para una nueva definición del papel de la interpretación. Pero la oposición Edad Media-Renacimiento genera a su vez un polo de contradicción secundario dentro del modelo renacentista. Porque la lectura hermético-simbólica del texto puede proceder según dos modalidades:

- buscando la infinitud de los sentidos que el autor ha instilado en el texto;
- buscando la infinitud de los sentidos de los que el autor estaba a oscuras (y que probablemente son instilados por el destinatario, pero sin decidir todavía si en consecuencia o a despecho de la *intentio operis*).

También diciendo que un texto puede estimular infinitas interpretaciones y que *il n'y a pas de vrais sens d'un texte* (Valéry), sigue sin decidirse si la infinidad de las interpretaciones depende de la *intentio auctoris*, de la *intentio operis* o de la *intentio lectoris*.

Por ejemplo, los cabalistas medievales y renacentistas afirmaban que la Cábala no solo tenía infinitas interpretaciones sino también que podía y debía ser reescrita de infinitas maneras según infinitas combinaciones de las letras que la formaban. Pero la infinitud de las interpretaciones, que desde luego, depende de la iniciativa del lector, era por lo demás deseada y planificada por el autor divino. No siempre el privilegio conferido a la intención del lector es garantía de la infinitud de las lecturas. Si se privilegia la intención del lector se debe prever también un lector que decida leer un texto de forma totalmente unívoca, y a la busca, quizá infinita, de esa univocidad. ¿Cómo conciliar la autonomía conferida al lector con la decisión de un lector singular de que la *Divina Comedia* debe leerse en sentido absolutamente literal y sin buscar sentidos espirituales? ¿Cómo conciliar el privilegio dado al lector con las decisiones del lector fundamentalista de la Biblia?

Por lo tanto puede existir una estética de la infinita interpretabilidad de los textos poéticos que concilia con una semiótica de la dependencia de la interpretación de la intención del autor, y puede

haber una semiótica de la interpretación unívoca de los textos que, aun así, niega la fidelidad a intención del autor y se remite más bien a un derecho de la intención de la obra. Se puede, en efecto, leer como infinitamente interpretable un texto que su autor ha concebido como absolutamente unívoco (sería el caso de una lectura delirante y derivante del catecismo católico o, para no correr el riesgo de la hipótesis de ciencia-ficción, de la lectura que Derrida 1977 hace de un texto de Searle). Se puede leer como infinitamente interpretable un texto que es sin duda unívoco en cuanto a la intención de la obra, al menos si nos atenemos a las convenciones de género: un telegrama enviado como tal que dice «llego mañana martes 21 a las 21.15» puede cargarse de sobrentendidos amenazadores y prometedores.

Por otra parte, alguien puede leer como unívoco un texto que su autor ha decidido infinitamente interpretable (sería el caso del fundamentalismo si el Dios de Israel fuera como lo pensaban los cabalistas). Se puede leer como unívoco un texto que, de hecho, esté abierto a varias interpretaciones desde el punto de vista de la intención de la obra, al menos si nos atenemos a las leyes de la lengua: sería el caso de «they are flying planes», leído por un observador del tráfico aéreo, o el caso de quien leyera *Edipo rey* como una novela policíaca donde lo único que interesa es encontrar al culpable.

Bajo este perfil deberíamos volver a considerar algunas de las corrientes que hoy se presentan orientadas a la interpretación. Por ejemplo, la sociología de la literatura privilegia lo que un individuo o una comunidad hacen con los textos. En este sentido prescinde de la opción entre intención del autor, de la obra o del lector, porque, de hecho, registra los usos que la sociedad hace con los textos sean o no correctos. En cambio, la estética de la recepción se apropia del principio hermenéutico de que la obra se enriquece a lo largo de los siglos con las interpretaciones que se dan de ella, tiene presente la relación entre efecto social de la obra y horizonte de expectativa de los destinatarios históricamente situados, pero no niega que las interpretaciones que se dan del texto deban ser proporcionadas con respecto a una hipótesis sobre la naturaleza de la *intentio* profunda del texto. De igual modo, una semiótica de la interpretación (teorías del lector modelo y de la lectura como acto de colaboración) suele buscar en el texto la figura del lector por constituir, y por tanto, busca también en la *intentio operis* el criterio para evaluar las manifestaciones de la *intentio lectoris*.

Por el contrario, las diversas prácticas de deconstrucción desplazan vistosamente el acento sobre la iniciativa del destinatario y sobre la irreductible ambigüedad del texto, de suerte que el texto se vuelve un puro estímulo para la deriva interpretativa. Pero sobre el hecho de que la llamada deconstrucción no es una teoría crítica sino más bien un archipiélago de diferentes actitudes, véanse Ferraris 1988, Culler 1982, Franci 1989.

DEFENSA DEL SENTIDO LITERAL

Hay que empezar todo discurso sobre la libertad de la interpretación con una defensa del sentido literal. Hace unos años, el presidente norteamericano Reagan, probando los micrófonos antes de una conferencia de prensa, dijo más o menos: «Dentro de pocos minutos daré la orden de bombardear Rusia». Si los textos dicen algo, ese texto decía exactamente que el enunciador, en un breve espacio de tiempo subsiguiente a la enunciación, habría ordenado el lanzamiento de misiles con ojivas atómicas contra el territorio de la Unión Soviética. Apremiado por los periodistas, Reagan admitió luego haber bromeado: había dicho esa frase pero no quería decir lo que significaba. Por lo tanto, cualquier destinatario que hubiera creído que la *intentio auctoris* coincide con la *intentio operis* se habría equivocado.

Reagan fue criticado, no solo porque había dicho lo que no quería decir (un presidente de Estados Unidos no puede permitirse juegos de enunciación), sino sobre todo porque, al decir lo que había dicho, se había insinuado, que, por más que luego hubiera negado haber tenido la intención de decirlo de hecho lo había dicho, y había delineado la posibilidad de que habría podido decirlo, habría tenido el valor de decirlo y, por razones performativas vinculadas a su posición, habría tenido la potestad de hacerlo.

Esta historia concierne todavía a una normal interacción conversacional, hecha de textos que corrigen mutuamente. Pero intentemos ahora transformarla en una historia en la que tanto la reacción del público como la corrección de Reagan formen parte de un único texto autónomo, una historia concebida para poner al lector ante opciones interpretativas. Esta historia presentaría muchas posibilidades de interpretación, por ejemplo:

- es la historia de un hombre que bromea;
- es la historia de un hombre que bromea cuando no debería;
- es la historia de un hombre que bromea pero que, en realidad, está emitiendo una amenaza;
- es la historia de una trágica situación política en la que incluso bromas inocentes pueden tomar en serio;
- es la historia de cómo el mismo enunciado chistoso puede adoptar diferentes significados según quién lo enuncie.

¿Esta historia tendría un único sentido, todos los sentidos enumerados o solo algunos, privilegiados?

con respecto a su interpretación «correcta»?

En 1984 Derrida me escribió, comunicándome que estaba instituyendo con algunos amigos un Collège International de Philosophie y pidiéndome una carta de apoyo. Apuesto a que Derrida suponía que:

— yo debía suponer que él decía la verdad;

— yo debía leer su programa como un mensaje unívoco tanto por lo que concernía al presente (estado de hecho) como por lo que concernía al futuro (propósitos del escritor);

— la firma requerida al pie de mi carta habría de ser tomada más en serio que la firma de Derrida final de «Signature, événement, contexte» (Derrida 1972).

Es obvio que la carta de Derrida habría podido adoptar para mí otros significados, estimulándome a hacer sospechosas conjeturas sobre lo que su autor quería «darme a entender». Pero cualquier otra inferencia interpretativa (aunque paranoica) habría estado basada en el reconocimiento del primer nivel de significado del mensaje, el literal.

Por otra parte, Derrida mismo, en la *Grammatologie*, recuerda que, sin todos los instrumentos de la crítica tradicional, la lectura corre el riesgo de desarrollarse en todas las direcciones y de autorizar toda interpretación posible. Naturalmente Derrida, después de haber hablado de este necesario «guardrail» de la interpretación, añade que protege la lectura pero no la abre.

Nadie está más a favor de abrir las lecturas que yo, pero el problema es, aun así, establecer *lo que debe proteger para abrir, no lo que se debe abrir para proteger*. Mi opinión es que, para interpretar la historia de Reagan, aunque sea en su versión narrativa, y para estar autorizados a extrapolar todos los sentidos posibles, es necesario ante todo captar el hecho de que el presidente de Estados Unidos dijo —gramaticalmente hablando— que tenía la intención de bombardear la URSS. Si no se comprende esto, ni siquiera se comprendería que (no teniendo la intención de hacerlo, por admisión propia) hubiera bromeado.

Admito que este principio puede sonar, si no conservador, por lo menos trivial, pero no tengo menor intención de renunciar a él. Y sobre esta firme intención se desarrolla hoy gran parte del debate sobre el sentido, sobre la pluralidad de los sentidos, sobre la libertad del intérprete, sobre la naturaleza del texto, en una palabra, sobre la naturaleza de la semiosis.

LECTOR SEMÁNTICO Y LECTOR CRÍTICO

Antes de seguir adelante es necesario, sin embargo, aclarar una distinción, que debería ser consecuencia implícita de mis escritos anteriores pero que quizá sea conveniente delinear con mayor precisión. Debemos distinguir entre interpretación *semántica* e interpretación *crítica* (o si se prefiere entre interpretación *semiósica* e interpretación *semiótica*).

La interpretación semántica o semiósica es el resultado del proceso por el cual el destinatario, ante la manifestación lineal del texto, la llena de significado. La interpretación crítica o semiótica es, en cambio, aquella por la que se intenta explicar por qué razones estructurales el texto puede producir esas (u otras, alternativas) interpretaciones semánticas.

Un texto puede ser interpretado tanto semántica como críticamente, pero solo algunos textos (generalmente aquellos con función estética) prevén ambos tipos de interpretación. Si yo contesto *el gato está sobre la alfombra* a quien me pregunta dónde está el gato, preveo solo una interpretación semántica. Si quien lo dice es Searle, que quiere llamar la atención sobre la naturaleza ambigua de ese enunciado, prevé también una interpretación crítica.

Por lo tanto, decir que todo texto prevé un lector modelo significa decir que en teoría, y en ciertos casos explícitamente, prevé dos: el lector modelo ingenuo (semántico) y el lector modelo crítico. Cuando Agatha Christie, en *The Murder of Roger Ackroyd*, cuenta la historia a través de la voz de un narrador que, en el desenlace, confiesa ser el asesino, primero intenta inducir al lector ingenuo a sospechar de otros, pero cuando el narrador, al final, invita a releer su texto para descubrir que, en el fondo, no había escondido su delito, sino que el lector ingenuo no había prestado atención a sus palabras, entonces la autora invita al lector crítico a admirar la habilidad con la que el texto lo ha inducido a error al lector ingenuo (un procedimiento no disímil lo encontramos en el cuento de Allie analizado en *Lector in fabula*).

Ahora quisiera reflexionar sobre algunas observaciones de Richard Rorty (1982) cuando dice que en nuestro siglo hay personas que escriben como si no existieran más que textos y distingue entre dos tipos de textualismo. El primero es el de aquellos que no se ocupan de la intención del autor y tratan el texto trabajándolo como si contuviera un principio privilegiado de coherencia interna, causa suficiente de los efectos que provoca en su presunto lector ideal. La segunda tendencia estaría ejemplificada por aquellos críticos que consideran cada «reading» como una «misreading» y que, dice Rorty, no se dirigen ni al autor ni al texto para preguntar cuáles son sus intenciones, sino que, normalmente,

«modelan el texto para adaptarlo a sus propósitos». ⁶

Rorty sugiere que su modelo «no es el coleccionista de extraños objetos, que los desmonta para ver cómo funcionan e ignora sistemáticamente su finalidad extrínseca, sino el psicoanalista que interpreta libremente un sueño o un chiste como síntoma de manía homicida» (1982: 151). Rorty piensa que ambas posiciones representan una forma de pragmatismo (entendiendo por pragmatismo el rechazo a creer en la verdad como correspondencia de la realidad; y entendiendo por realidad, creo, tanto referente de un texto como la intención de su autor empírico) y sugiere que el primer tipo de teórico es un pragmatista débil, porque piensa que existe un secreto que, una vez aprehendido, permite entender el texto correctamente; así pues, para él la crítica es más descubrimiento que creación. Por el contrario, el pragmatista fuerte no diferencia descubrimiento de producción.

Esta distinción me parece demasiado lineal. Ante todo no es seguro que un pragmatista débil cuando busca el secreto de un texto, quiera interpretar el texto «correctamente». Se trata de entenderse se habla de interpretación semántica o crítica. Aquellos lectores que, según la metáfora propuesta por Iser (1976: 1; trad. esp.: 19), buscan en el texto «la imagen en la alfombra», un único secreto aún desconocido, están buscando sin duda una interpretación semántica escondida. Pero el crítico que busca un código secreto probablemente intenta definir la estrategia que produce modos infinitos de aprehender el texto de forma semánticamente correcta. Analizar críticamente el *Ulises* significa mostrar cómo se las ingenió Joyce para crear muchas figuras alternativas en su alfombra, sin decidir cuál era la mejor. Naturalmente también una lectura crítica es siempre conjetural o abductiva, porque que tampoco la definición de un «idiolecto abierto» de la obra joyceana (es decir, la determinación de la matriz estratégica que lo hace susceptible de muchas interpretaciones semánticas) podrá ser nunca única y definitiva. Pero debemos distinguir entre utopía de la interpretación semántica única y teoría de la interpretación crítica (que se propone conjeturalmente como la mejor, pero no necesariamente única) como explicación de por qué un texto consiente o estimula interpretaciones semánticas múltiples. ⁷

Así pues no creo que el primer tipo de textualista especificado por Rorty sea necesariamente un pragmatista «débil»: su concepción de «lo que es el caso» es bastante flexible (nótese que para Rorty el pragmatista débil es aquel que tiene una idea fuerte del conocimiento, mientras que el pragmatista fuerte es, en el fondo, un partidario del pensamiento débil). Por otra parte, no creo que el pragmatista fuerte de Rorty sea un verdadero pragmatista, porque este *misreader* usa un texto para encontrar en él algo que está fuera del texto, algo más «real» que el texto mismo, es decir, los mecanismos de la cadena significante. En cualquier caso, por muy pragmatista que sea, el pragmatista fuerte no es un textualista porque, en el curso de su lectura, parece interesarle todo menos la naturaleza del texto que está leyendo.

- [read online Nazi Propaganda for the Arab World: With a New Preface](#)
- [click Cape Fear pdf](#)
- [download Out of Time's Abyss](#)
- [read online Mythe et Épopée, tome III : Histoires romaines](#)

- <http://www.1973vision.com/?library/Case-Files-Microbiology--3rd-Edition---Lange-Case-Files-.pdf>
- <http://korplast.gr/lib/Building-Military-Dioramas--Volume-4.pdf>
- <http://patrickvincitore.com/?ebooks/Out-of-Time-s-Abyss.pdf>
- <http://dadhoc.com/lib/Mythe-et---pop--e--tome-III---Histoires-romaines.pdf>